

A young boy with dark hair, smiling slightly, is wearing a white sailor-style uniform with a dark collar and cuffs. He is holding a stack of three books. The background is a textured orange color. The text 'EL GRAN WYOMING' is written in a large, white, stylized font in the upper right. Below it, the text '¡DE RODILLAS, MONZÓN!' is written in a smaller, white, sans-serif font. In the bottom right corner, there is a logo for 'Planeta' consisting of a globe icon and the word 'Planeta' in a sans-serif font.

EL GRAN WYOMING

¡DE RODILLAS, MONZÓN!

El Gran Wyoming

¡DE RODILLAS, MONZÓN!

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

- © José Miguel Monzón Navarro, 2016
- © Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: © Archivo del autor y © *Yugo y flechas*, Puebla de Salvador, Cuenca, 1955 © F. Català-Roca. © Fondo Fotográfico F. Català-Roca - Arxiu Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

Primera edición: octubre de 2016
Depósito legal: B. 17.628-2016
ISBN: 978-84-08-15492-9
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: CPI (Barcelona)
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

1.	¿Fue todo un sueño?	21
2.	La casa de mis abuelos	35
3.	El pueblo	61
4.	Los guachos	69
5.	Los abuelos.	81
6.	La siega y la vendimia	101
7.	Las comedias	115
8.	La Prospe: la calle	127
9.	La farmacia.	145
10.	Mi madre	173
11.	La casa	191
12.	Mi padre	205
13.	La Fuencisla	237
14.	El Ramiro.	243
15.	La OJE.	253
16.	Los agustinos	263
17.	La globalización	287
18.	Se acabó el cole: nos vamos a Ámsterdam	315
19.	Ámsterdam.	331

¿Fue todo un sueño?

«¡Un alagarto, Julián!»

Estas son las primeras palabras que recuerdo de mi infancia en un pueblo de La Mancha llamado La Puebla del Salvador, en la provincia de Cuenca, bajo un sol calcinante.

La Puebla del Salvador era un pueblo pequeño, ya en el límite de Cuenca con la provincia de Valencia, cerca del puerto de Contreras, donde el río Cabriel marca la frontera.

Diríase en mitad de la nada, donde la naturaleza no sorprendía con espectáculos grandiosos; por no haber, no había árboles, salvo las acacias que flanqueaban la calle principal, llamada de don Ramón Rubio, por la que desde la plaza en que se juntaban la calle Tercia, por donde se entraba viniendo de Minglanilla, y el camino de La Graja de Iniesta, se accedía cuesta arriba a la «plaza del pueblo», hoy llamada, como tantas otras, de la Constitución. Entonces nadie sabía el nombre de las calles, tampoco el de «la plaza», que era como todos se referían a ella. No había duda ni confusión posible, aquello no era Nueva York, aunque hasta que murió el dictador la plaza central de todos los pueblos se llamaba del «Caudillo», del mismo modo que cuando se llegaba por carretera, sirviendo de fondo al cartel que anunciaba el nombre correspondiente, un poste lucía el escudo del yugo y las flechas, símbolo de Falange Española, para dejar constancia de que se entraba en tierra liberada por la Santa Cruzada.

A més a més, como dicen los catalanes, todas las iglesias de los pueblos tenían una de sus paredes exteriores ocupada por un recuerdo a los «Caídos por Dios y por España», con el listado de los nombres de los vecinos que habían muerto durante «la guerra». Otro sustantivo que pasaba de «nombre común» a «propio». Cuando no se especificaba más, se daba por supuesto que uno se refería a la Guerra Civil Española, la del 36. Asimismo, cuando digo que en la pared de la iglesia figuraban «los nombres de los vecinos que habían muerto», me refiero, exclusivamente, a los de aquellos que pertenecían al llamado bando «nacional». Los del otro habían sido borrados de la memoria. Nunca existieron y menos para el niño que llegó de Madrid a La Puebla con cinco o seis años y que nunca había oído hablar de aquello. Bueno, en realidad, sí. Se solía hacer referencia a «la guerra», sobre todo, para recordar el hambre. A los niños, a principios de los años sesenta se les educaba en el respeto religioso a la comida. De hecho, cuando un trozo de pan se caía al suelo no se tiraba a la basura y antes de volver a dejarlo en la mesa se le daba un beso o se hacía la señal de la cruz.

La religión se marcaba a fuego en las mentes de aquellos niños. Decía el catecismo que había que hacer la señal de la cruz al salir y entrar en casa, al ponerse los zapatos, al bañarse, al emprender un viaje, al entrar en la iglesia y así hasta el infinito. Se empeñaba la Iglesia en que los niños también lleváramos una cruz a cuestas, aunque fuera invisible.

Así, uno hacía la señal de la cruz cuando veía hacerla a los mayores en un proceso que también para ellos estaba automatizado, carecía del menor sentido místico. La religión en España siempre ha cumplido una función de sometimiento por encima de cualquier otra. Jamás ha tenido, salvo en las

sectas elitistas donde se llevan a cabo ejercicios y retiros espirituales, la menor intención de provocar éxtasis anímicos en los feligreses. Toda su liturgia está marcada por la rutina y el hastío, y el fin es inculcar el terror, hacer presente la amenaza del castigo eterno para aquellos que mueran en pecado. A los niños nos contaban historias siniestras de torturas y dolor para intentar llevarnos al huerto, pero el terror solía durar lo que el discurso traumatizante, enseguida se disipaba la angustia, con la menor distracción. No estábamos a esas edades para sustos ante cuestiones no contrastables, y mucho menos para renegar de un rato de diversión a cambio de inversiones en la otra vida. Fe, lo que se dice fe, no se tenía, y con respecto a la doctrina y la vida milagrosa de los santos, nos contaban tantas milongas que aquello pasaba inmediatamente a formar parte del mundo de la fantasía, entraba por pleno derecho en el terreno de los cuentos sin el menor valor ponderado por ser una historia revelada por el dios verdadero. No, nadie se creía aquella historia. No se le daba la menor importancia, había muchos asuntos que atender como para tener la mente ocupada en esas cosas.

Así, el rosario, que tanto se rezaba entonces en las casas de las familias piadosas, tenía más de sacrificio, por el tostón que suponía la repetición de aquellas frases sin sentido, que de ejercicio de meditación a modo de los ritos orientales. Los mantras que repiten los budistas se asemejan mucho a la letanía con la que termina el rosario, pero persiguen fines diferentes. Los unos, con sus rezos, pretenden el aislamiento exterior para entrar en un proceso de meditación profundo, mientras que los otros no buscan nada. Cumplir con el rito, con la obligación. Mi abuela estuvo rezando el rosario durante toda su vida y se sabía la letanía de memoria y en latín:

Kyrie eléison, Christe eléison... Stella matutina, salus infirmorum, refúgium peccatórum... Rosa mystica, turris davídica... Estoy seguro de que murió sin enterarse del significado de aquellas frases. Algunas, con el tiempo, ya las había deformado y soltaba por aquella boca, al final desdentada, fonemas incomprensibles, pero le daba igual, se trataba de cubrir el expediente de cara a la inversión que eso suponía en el otro mundo, porque este, la verdad, como a tantas mujeres de entonces, tenía poco que ofrecerle. Ahí residía la principal fuente de la fe. La represión era tal, vivían en un mundo tan machista y austero, que no les quedaba más remedio que creer en la otra vida. De hecho, cuando decías que no creías en Dios, siempre te hacían la misma pregunta: entonces, cuando uno se muere, ¿qué pasa?, ¿se acaba todo y ya está? Al personal llamado creyente, todo esto de la vida le parece poco, reclama un trato distintivo por haber cumplido con el protocolo. Reivindican las clases también en el más allá. Su conducta no responde a un sentimiento religioso o ético, sino a un mandamiento expreso de la autoridad moral competente, razón por la cual reclaman un premio, como las focas de los circos. Puede que influya en esa manía de esperar un espacio propio en el cielo, el afán de trascender. Son muchos los que dicen: «Yo no creo en la religión, pero creo que tiene que haber algo».

Al pueblo llano le resulta duro pensar que su falta de reconocimiento social y espiritual en este mundo no va a tener un complemento en el siguiente. La religión nuestra, la verdadera, para mayor narcisismo y egolatría, nos vende la resurrección de la carne. Al final de los tiempos nuestro cuerpo resucitará, lo que me lleva a una reflexión profunda, de alto calado teológico. En diferentes puntos del catecismo

se hace hincapié en que es el cuerpo real, material, el que aparece, es decir que nos podremos reconocer unos a otros. No dice nada de si lo haremos con ropa y complementos o en pelota picada. Lo malo será encontrarse porque habrá una acumulación importante de todos los que nos precedieron y los que nos sucedan hasta el fin del mundo. Tampoco queda claro qué pasaría si de eso del fin del mundo se encargan los humanos, ahora que tienen poderío suficiente para destruir el planeta cien mil veces, y dejan al Todopoderoso sin su apoteosis final, esa con la que nos ha prometido joderlo todo sin previo aviso, como castigo a nuestra maldad. Como quiera que está escrito que esto va a ocurrir, deducimos que el ser humano podrá perder la fe en el Todopoderoso, pero él parece que no la ha tenido nunca en su obra, en aquel que hizo a su imagen y semejanza. Además cabe la posibilidad de que se cabreara por sabotearle su venganza final y renunciara a darnos el placer de la resurrección, condenándonos a vagar por el éter cual almas incorpóreas.

Son más las dudas que nos asaltan. ¿Con qué cuerpo resucitaremos? ¿Con el de adolescente? Porque sería una triste gracia vivir eternamente con el del último suspiro, hecho uno un carcamal y lleno de achaques, aunque no den guerra. Ya puestos, deberían dejar elegir.

Precisamente por esto, nuestra Iglesia no admite la incineración, sino que recomienda el entierro clásico de toda la vida que además califica de «respeto hacia el difunto». Bueno, no se explica uno bien por qué este sistema es mejor de cara a la resurrección, porque el cuerpo, salvo un par de excepciones como el brazo incorrupto de Santa Teresa, o el santo Prepucio, después de estar años bajo tierra, tiene a bien pudrirse y queda hecho un cristo, dicho con todos los respe-

tos a aquel que murió en la cruz, aunque solo tres días, que enseguida resucitó. Y digo yo que ese sacrificio está sobrevalorado. Es muy fácil morir cuando uno es inmortal y se reincorpora, dicho en el sentido literal del término, cuando le da la gana. Lo nuestro tiene peor apañío.

Volviendo a mis orígenes, *back to the roots*, que dirían los británicos, en aquellos tiempos remotos de mi infancia rural, la misa era en latín y el cura la daba de espaldas a los feligreses. Solo desde el poderío que tenía la Iglesia como institución, y la obligatoriedad social que implicaba no significarse, no despertar sospechas, se entiende que el personal asistiera a misa los domingos. Era la única representación del poder estatal en el pueblo. Y más en el caso de este, que con apenas ochocientos habitantes, no tenía cuartelillo de la Guardia Civil.

El equilibrio de subsistencia en el que vivían muchas familias hacía que un incremento de la natalidad inesperado provocara súbitas vocaciones religiosas. Colocar a un niño en el seminario suponía no solo un acceso gratuito a la formación superior, sino también cerrar una boca que alimentar. Allí, en el Monasterio de Uclés, proporcionaban estudios complementarios a los de las humildes escuelas donde apenas se aprendía a leer, las cuentas, y algo más. Recuerdo cómo se felicitaba a la familia que conseguía una entrevista con el obispo, gracias a un enchufe, para poder meter a un hijo en el seminario antes de la edad que se exigía para el ingreso. A diferencia de hoy, que se encuentran vacíos, entonces estaban a reventar. Las secuelas de la guerra todavía paseaban por las calles y la necesidad era la principal fuente de donde brotaban las nuevas vocaciones sacerdotales.

Los niños enseguida colaboraban en las faenas del cam-

po y en cuanto alcanzaban la edad de trece o catorce años se incorporaban al trabajo agrícola de lleno, ayudando a sus padres. Cuando llegaban las épocas de cosecha, todas las manos eran pocas y hombres, mujeres y niños se afanaban en la vendimia, la recogida de la oliva o del almendro.

Aquello de la misa no era más que un rato de aburrimiento que pasaba sin pena ni gloria, apenas amenizado por los cánticos. Era curiosa la disposición de los feligreses en el interior del templo. A un lado las mujeres, al otro los hombres. Los más pequeños se sentaban en las primeras filas, también separados por sexos. Según se iba avanzando en edad se ocupaban bancos hacia atrás hasta llegar a las últimas filas, donde se ponía mi abuelo Julián con sus hermanos y demás viejos de la tribu. Seguramente eran puestos de privilegio, ya que podían permanecer en la abstracción total sin que su ausencia delatase la indiferencia en la que aquellos ritos los sumían. No, no era la fe la que movía a aquellos hombres al templo, sino la idea de una España en la que la Iglesia cumplía un papel fundamental, un papel redentor en lo político. La Iglesia fue uno de los actores principales de aquella guerra que trajo la España de los vencedores.

En fin, como no entendíamos para qué servía aquello de santiguarse, como lo de peinarse con agua antes de salir de casa, no lo hacíamos nunca y listo. Entraba a formar parte de las órdenes absurdas que daban los mayores como «no corráis», «no tiréis piedras», o «no os caigáis», como si darse con los dientes en el suelo fuera una acción voluntaria. En efecto, las caídas no eran voluntarias, tampoco extrañas. Todos los niños de aquella época, me refiero a principios de los sesenta, estaban «señalao». Con ese término se hacía referencia al conjunto de cicatrices, costurones y restos de costras que adorna-

ban la dermis de las criaturas convertidas, por mor de su afición a perseguir cualquier atisbo de vida, en alimañas. Las rodillas rara vez se libraban de las costras que de forma uni o bilateral presidían las articulaciones de aquellos niños, así como las lañas, grapas de gran tamaño que sustituían a los puntos en la sutura de heridas, y que dotaban de un malévolo *look* estilo Frankenstein, sobre todo cuando se lucían en la frente, a aquellos tiernos retoños que, faltos de cualquier atención o supervisión por parte de los adultos, pagaban gustosos, con diferentes traumatismos y fracturas, la libertad que les otorgaba la lejanía del ojo paterno en aquel paisaje inconmensurable. Aquel infinito actuaba como un agujero negro. Los absorbía. Se perdían, desaparecían.

Otra advertencia en forma de orden que nunca faltaba era «ten cuidado con eso que te puedes sacar un ojo». Se decía siempre que un niño agarraba un objeto sólido, fuera cual fuera su calibre. El resto del cuerpo era susceptible de ser reconstruido o reparado, pero la cuestión oftalmológica pertenecía al ámbito de lo irremplazable, de lo irrecuperable. Como las curas se hacían en casa, no había médicos a mano, ni las urgencias de los hospitales estaban pensadas para los niños, a los ojos no había quien les metiera mano. A los hospitales no se iba nunca. Cuando se decía de un chaval: «está en el hospital», era probable que no se le volviera a ver, a diferencia de estos tiempos en los que un niño al cumplir los tres años ha podido acudir a urgencias por tos, cólicos o accesos febriles, veinte veces. Mi madre tenía una farmacia en el barrio y en la rebotica he visto hacer de todo, pero ya hablaremos de eso cuando vayamos a Madrid.

El riesgo que corrían los niños era estremecedor porque a la falta de infraestructura sanitaria se sumaba que los niños

eran auténticos diablos y tenían tendencia a la máxima exposición al peligro en todos los órdenes. Sirva como ejemplo que, ante la menor disputa, enseguida se organizaba una «drea»¹ de la que era complicado salir indemne porque los guachos² tenían una puntería asombrosa. Lanzar piedras era un entretenimiento común, ya fuera contra latas, cualquier bicho que se cruzara en el camino, para alejar intrusos del barrio, o hacer ranas, ejercicio consistente en tirar una piedra con fuerza en una trayectoria paralela al agua, de manera que cuando toca la superficie rebota y vuelve a coger altura. En aquel mundo las piedras siempre estaban a mano, tanto en el campo como en las ciudades. Me pregunto de dónde saldrían.

Era otro tiempo. Los hijos no eran deseados ni programados, sino inevitables. No constituían el núcleo del proyecto de vida de sus progenitores, sino que formaban parte del ecosistema. Tampoco funcionaba a la perfección la planificación de la cantidad, lo que generaba problemas de subsistencia porque la pobreza de una familia guardaba una relación directa con lo abultado de su prole. Como consecuencia de la caprichosa efectividad de los diferentes métodos caseros de anticoncepción, había niños por todas partes, por lo que la invisibilidad se convertía en la mejor estrategia de supervivencia. Los golpes volaban al menor exceso de presencia, pero se hacían innecesarios porque se crecía con la lección aprendida: no se abría la boca delante de los mayores. Del

¹ Diminutivo de *pedrea*, lucha a pedradas. Así se denominaba en el barrio de Prosperidad, Madrid, conocido, fundamentalmente, porque allí nació El Gran Wyoming.

² Así llamaban a los niños en La Puebla.

mismo modo que el escorpión carga con las crías a la espalda y devora al que le da guerra, sin llegar a ese extremo, la infancia sabía a qué atenerse. En el medio rural al padre se le llamaba de usted, y no existía el término «papá», tampoco «mamá», solo padre y madre. Para el niño que yo era, criado en Madrid, frases como «Padre, me dé usted la llave que voy en “ca” la abuela» resultaban de una formalidad extraña, pero uno aprendía de inmediato cuál era su posición, su lugar. Confianza y cachondeo, los justos. La rotundidad de las formas situaba la altura del listón de respeto.

La lejanía del retoño del entorno familiar se veía como una bendición por ambas partes. A pesar de la cantidad de niños que pululaban por las casas, no había ruido. Ese silencio en un entorno infantil ahora resultaría insólito, sospechoso, alarmante, señal de accidente doméstico o de que se ha cometido o se trama alguna fechoría.

El extraño fenómeno de niños en silencio lo he observado también en países de África. Los niños no lloran y es muy común que una hermana, siempre niña, apenas dos o tres años mayor, cargue con el hermano pequeño a sus espaldas durante todo el día. Allí el llanto no encuentra respuesta, no es productivo. Los niños de aquí saben mucho de eso, razón por la cual cuando un pequeño se cae al suelo en un parque busca a su madre, y cuando la descubre corre hacia ella para proyectar el alarido en su presencia, nunca antes, para que el llanto sea efectivo. El niño no quiere el consuelo del extraño. El grito no es un reflejo provocado por el dolor, sino una de las muchas maneras de que disponen los retoños para hacer uso del derecho a convertirse en el epicentro del cosmos.

Tampoco había juguetes en las casas del pueblo. Al me-

nos, no estaban a la vista, nadie los usaba y no se echaban de menos.

Bueno, para ser preciso, debería decir que no había juguetes como los de Madrid. El catálogo era breve y artesanal. El más cotizado era el tirachinas, de horquilla de avellano. El segundo lugar lo ocupaba el «rulancho», aro que se propulsaba con un gancho de metal, hechos ambos con las asas de los cubos. Gaudencio, que así se llamaba el herrero, era el que los fabricaba en la fragua. Quiso la casualidad que cincuenta años más tarde volviera a verle en una exposición del fotógrafo Catalá Roca. Protagonizaba una de sus fotos, a la entrada del pueblo, junto al yugo y las flechas, rodeado de chavales. Como en la Edad Media, pero por distintas razones, el herrero era un personaje fundamental, especialmente para los niños.

De todos modos, los juguetes no eran imprescindibles. El campo era un gigantesco parque lleno de atracciones y, lógicamente, alguien pagaba el precio de la curiosidad y la crueldad con que se cubría el espacio de diversión de aquella jauría infantil: los «animales».

Todos los bichos, fueran del tamaño que fueran, se mantenían a una distancia prudencial de aquellos niños que llevaban el instinto depredador en la sangre. Cualquier animal que se encontrara en el espacio evolutivo comprendido entre la mosca y el burro, todo lo que se meneara, si estaba a mano, era víctima de alguna fechoría y, difícilmente, volvería a ser el mismo. Tampoco los nidos se encontraban a salvo. Por más que se escucharan las recomendaciones y amenazas de los adultos, encontrar un nido y vaciarlo era todo uno. Nada se libraba del asedio de aquellos angelitos que salían por la mañana a darlo todo bajo el espacio sideral. Ni pájaros, ni lagar-

tijas, ni culebras, ni lagartos, ni saltamontes, ni bichos palo, ni sapos. ¡Nada! Todo era carne de depredación con diferentes y desarrolladas técnicas, algunas como la liga, de una efectividad espectacular.

Cuando llegaba el verano y apretaba la calor, cazábamos pájaros con liga. La liga era una masa espesa y pegajosa compuesta por suela de crepé, resina de pino y algún otro material que no recuerdo. Los ingredientes se mezclaban en un bote que se ponía al fuego y se removía con un trozo de sarmiento. Una vez conseguida la consistencia deseada, se untaban espartos con ella, que se clavaban en torno a un pequeño charco que hacíamos para la ocasión y al que bajaban a beber los pájaros. Cuando se impregnaban las plumas con la liga salíamos del escondite a la carrera y los apresábamos antes de que iniciaran el vuelo. Si caía alguno de interés canoro, se metía en una jaula. Los demás iban a la sartén, fritos. Los pájaros tenían otros nombres: *gorriote*, el gorrión; *avión*, el venaje; *tordo*, el estornino; *tabernerilla*, el jilguero...

La presencia de críos en el interior de las casas durante el verano se limitaba a las horas de las comidas y de la siesta posterior: «En comiendo, hace sol». Eso significaba que hasta que no bajara la temperatura unos grados los guachos estarían cada uno en su casa. En cuanto caía un poco el sol, de nuevo el terror de los campos salía a darlo todo en comandita.

Desde la plaza de abajo, la que se encontraba a la entrada del pueblo, se veía ya el campo y una loma surcada por la carretera de Minglanilla. La tierra era roja, muy arcillosa. Durante el verano el cielo estaba siempre despejado. El calor apretaba en aquel espacio llano, casi infinito, y el campo se agrietaba formando trozos apelmazados, «gasones». La lluvia hacía acto de presencia de forma puntual en las estaciones

correspondientes. En verano, cuando yo iba a pasar mis vacaciones, ni estaba ni se la esperaba. Y era mejor así, porque cuando aparecía, al final de agosto, solía ser en forma de tormenta acompañada de pedrisco que podía destruir la cosecha de uva. Cuando sonaba el pedrisco al golpear contra el suelo, siempre acompañado de truenos y relámpagos, como avance de una siniestra premonición, un silencio sepulcral invadía el casino de la cooperativa vinícola, similar al que se produce en el despegue de los aviones, cuando todos hacen causa común intentando crear energía con sus mentes, para que cese el granizo en un caso, y mantener el avión en el aire en el otro. Ya lo advirtió el maestro Agustín García Calvo, descubridor de que el miedo de los pasajeros era lo que mantenía el avión en el aire venciendo la tiranía de la ley de la gravedad y que, precisamente, la confianza del pasaje en la tecnología, con el consiguiente abandono de esa responsabilidad de la lucha permanente contra las leyes de la física, era lo que provocaba las catástrofes aéreas. El miedo convierte a un ser corriente en un héroe.

Se diría que la lluvia pasaba por allí de largo. De hecho, una de las maneras con las que les gustaba definir aquella proyección de la nada, aquel vacío casi cósmico, era: «Buen pueblo de pesca si tuviera río». En el fondo aquel chascarrillo definía a la perfección las condiciones en las que vivían: «Algo tendrían si hubiera».

Ni un río, ni un pequeño arroyo surcaba el paisaje, que sin embargo, gracias al trabajo de los hombres, los bancales labrados, los viñedos, los olivos y los almendros evitaban que tuviera un aspecto desértico. Esa falta de agua, endémica en aquella zona de La Mancha, conformaba el carácter austero de su gente. Poco había, a poco se aspiraba y se valoraba lo

poco que se tenía. Costaba conseguir lo elemental, pero no se renegaba del enorme esfuerzo que exigía sacar partido a aquella tierra permanentemente sedienta.

La falta de agua me marcó el resto de la vida y siento un placer especial cuando contemplo ríos, lagos, e incluso canales de trasvase y acequias de riego. Me gusta ver correr el agua. Como dijo el poeta José Martí: «El arroyo de la sierra me complace más que el mar». El que se cría en secano es más consciente de que el agua es el origen de la vida, del pan.